

Escuela de Ingeniería Civil de la U. de Chile

Beaucheff 850

por **Tomás Guendelman Bedrack**



Tomás Guendelman Bedrack es profesor titular de las universidades de Chile, de Santiago, y Mayor. Es Past President de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica (ACHISINA), y Presidente de I.E.C. Ingeniería S.A.

Con motivo de la celebración de los 150 años de la carrera de Ingeniería Civil en la Universidad de Chile, muchos ex alumnos retornaron a Beaucheff por primera vez desde que egresaron, lo que ha traído a mi mente recuerdos indelebles de aquellos años de estudiante.

Siento que fue sólo ayer, cuando al cruzar el majestuoso portón de acceso, veíamos a “Navarrito”, con su cabellera lisa y cana, dirigiendo a “sus niños” a la F-10, o a “Insolencio”, el “gentil” funcionario de la Oficina de Partes, o a María Gabriela, cordial y simpática telefonista que atraía la atención de todos los jóvenes estudiantes, pero muy especialmente la de los amantes de vehículos de dos ruedas, quienes formaban su fan club. Ya en el hall central se podía observar en acción al prodigioso “Senador Martínez”, quien con destreza incomparable, ganaba un partido de ping pong tras otro a quien osara ponerse al frente.

La sala de ajedrez era un templo en Beaucheff. Por ella desfilaron grandes maestros nacionales e internacionales. Entre los alumnos era habitual encontrar a Moisés Stekel, exhibiendo los atributos que muy pronto lo llevarían a ser Campeón de Chile, a los 21 años, cuando cursaba quinto año de la especialidad civil. Entonces su profesor de hormigón armado era don Rodrigo Flores, el más destacado Maestro Nacional de todos los tiempos y que, por supuesto, competía en todos los torneos de la disciplina. La participación de don Rodrigo no fue inconveniente muy severo para que Moisés intentara ganarle en una partida excepcional, que contó con una nutrida concurrencia de estudiantes de Ingeniería. El final fue dramático y electrificante, pues ambos lucharon denodadamente por el triunfo, el que se inclinó a favor de Moisés al caer la aguja del reloj de don Rodrigo. Sin embargo, en la derrota, don Rodrigo hizo gala de su gran espíritu deportivo, al felicitar a su ocasional vencedor y luego, unos meses más tarde, al no “rajarlo” en el examen.

Otros hábitos de este templo eran Juvenal Canobra, Pedro Donoso, Carlos Jáuregui, Rodrigo Flores Coombs, y muchísimos otros que asumían,

cuando ello correspondía, el rol de severos críticos o de sólidos analistas de partidas suspendidas. Ingeniería ganaba por amplio margen esta disciplina en las tradicionales olimpiadas universitarias, con Moisés como primer tablero y Juvenal Canobra -el sempiterno estudiante- como segundo. El único rival de peso lo encontraban en Medicina, cuyo primer tablero, y no por casualidad, era Abraham Stekel, hermano de Moisés.

No llama la atención los logros que los estudiantes de Ingeniería obtenían en ajedrez, dado el carácter de deporte-ciencia de esta disciplina, pero la verdad es que Ingeniería vencía en todo, y por amplio margen. En Volleyball, por ejemplo, los marcadores eran abultadísimos. No en vano el equipo era dirigido por Héctor Rodríguez, hijo del afamado “Ja Ja”, manager de los más destacados boxeadores del ámbito local, y contaba entre sus jugadores con varios seleccionados nacionales, como Hernán Campero, Darío Mutoli, Marcelo Cohen, Salo Suwalsky y Waldo Garrido, entre los que recuerdo. Atletismo era otra de las “especialidades de la casa”, con Héctor Henríquez, campeón nacional de 110 metros vallas y Humberto Simonetti, en lanzamientos diversos.

La farándula de la Escuela, sin embargo, no se limitaba solamente a los deportes, cuyos actores principales eran alumnos regulares. Actores destacados se encontraban en todas direcciones y la máxima expresión se personalizaba, ni más ni menos, en el propio decano, don Carlos Mori, en cuyas exuberantes clases de Geometría Analítica vertía un nutrido repertorio de expresiones que combinaban los tres pilares de su extraordinaria personalidad: vocación, jerarquía y ancestro.

En una ocasión, durante la parte oral del examen de su cátedra, uno de los examinados salió de la sala, lo que permitió el ingreso de un funcionario de la facultad que requería la firma del decano en un centenar de documentos. En ese momento, un grupo de revoltosos empujó a uno de sus discípulos hacia el interior de la sala, en circunstancias que éste no pensaba presentarse al examen por no tener chance alguna de aprobarlo. Ya en el interior le pareció de mala educación retirarse sin dar las disculpas al decano, ocupado con los documentos que estaba firmando, de modo que empleó el tiem-

La sala de ajedrez de Beaucheff era un templo por el que desfilaron grandes maestros nacionales e internacionales.

po mirando lo que había quedado escrito en la pizarra. Cuando don Carlos concluyó con las firmas, miró el desarrollo, preguntó el nombre al alumno y agregó: “Váyase. Cuatro y medio”.

Entre los alumnos destacaba con colores propios Sergio Baranovsky, quien solía dar inicio al día con la típica frase: “Les tengo un cuento de Edgar Allan Poe que leí anoche”. Bastaba solamente eso para que se iniciara el relato, probablemente muy fiel al original, pero que en caso de alejarse de éste, era porque Sergio le incorporaba elementos de su humor picaresco, siempre apropiados y graciosos. El grupo de fascinados espectadores crecía rápidamente formando una ronda en torno a su persona, con frecuentes estallidos de risas, productos del humor de Poe y del estilo peculiar de Sergio. Los relatos no duraban menos de una hora y a su término, la multitud congregada se retiraba risueña. Todo este espectáculo singular llegó bruscamente a su fin el día que Sergio nos trajo “El entierro prematuro”, obra maestra de Poe. Al cabo de media hora de electrizante relato, con no menos de doscientas personas haciéndole ronda, Sergio dijo en forma liviana: “... mañana sigo porque no he terminado de leerlo”. La explosión fue espectacular. Los más exaltados lo “mantearon” y lo lanzaron a la piscina, ubicada en un costado de las canchas de baldosa, donde hoy se levanta el edificio central de la facultad. Es preciso agregar que lo tiraron vestido y que era el mes de julio de 1957. Sergio se fue a casa, empapado, y volvió a clases como diez días después, risueño como de costumbre y sin enojo. Sólo le quedaba un poco de tos luego de la semana que pasó en cama con una gripe salvaje.

Jorge Goyeneche, amigo de la infancia y compañero de curso, era otro ejemplar destacado en esta jungla. En el período de exámenes de primer semestre, a mediados del 57, yo tenía un fuerte resfrío, el que llegó a su clímax a las ocho de la mañana de un lluvioso día de invierno en que rendíamos examen de Álgebra. Jorge, hijo de médico, me sugirió que lo acompañara al casino pues me daría un “brebaje” milagroso recetado por su padre. Le hice caso y me tomé la Coca Cola que me acercó. Posteriormente, durante el examen escrito, empecé a sudar copiosamente y a sentirme mareado, debiendo entregar la hoja a medio desarrollar, abandonar la sala e irme a casa. Al día siguiente, mucho mejor, concurrí al examen oral que logré pasar con grandes dificultades, pues el antecedente de la parte escrita, obviamente deficiente, constituía un mal precedente. Había salvado milagrosamente el ramo y el resfrío se batía en retirada. En ese momento Jorge me reveló el secreto de su remedio: “Piscola”. Yo, que no tenía costumbre de beber, fui presa fácil de esa poción, tanto para emborracharme como para mejorarme del resfrío.

Desde el día en que ingresé a Beaucheff empecé a disfrutar de esa suerte de emancipación propia del egreso del colegio. Como todos los estudiantes de in-

Beaucheff exhibe hoy numerosos cambios, pero el aire que se respira sigue siendo el mismo.

geniería de la época me compré una estilizada “regla de cálculos”, instrumento muy valioso de la “prehistoria tecnológica”, pero que para los jóvenes servía además, y a veces exclusivamente, como adorno y símbolo de status intelectual. Se le instalaba en el bolsillo externo, superior izquierdo de la chaqueta, en forma muy coqueta, tal que no cupiera la menor duda de que ahí estaba, pero sin que se mostrara en forma grosera. Era una especie de escote femenino, más hermoso y excitante mientras menos revelara su contenido.

La asistencia a clases tenía prioridad, pero muchas veces esta opción sucumbía frente a la tentación de las pichangas perpetuas en la cancha de baldosas, o al atractivo del casino de alumnos, siempre abierto, que invitaba a servirse un refresco con un “gigante”, marraqueta abierta con dos huevos revueltos con jamón encima.

Pero no todo era chacota y risas. Muy por el contrario. Lo festivo se insertaba casi como un accidente entre la seriedad de las clases y la alta frecuencia de controles escritos. Los seis años de estudio parecían eternos, entonces, y sólo un instante, hoy. La calidad de la enseñanza estaba fuera de toda duda, tanto en el plano nacional como internacional. Es difícil encontrar un solo caso de fracaso en egresados que siguieron algún postgrado en el extranjero.

Beaucheff, hoy, exhibe numerosos cambios, pero el aire que se respira sigue siendo el mismo. Las autoridades que siguieron a don Carlos Mori, muy especialmente a partir de Mauricio Sarrazin, se esmeraron en modernizar las aulas y los laboratorios, crear salas de conferencia espléndidas y recursos multimediales abundantes. Visitar la Escuela enorgullece y asombra, por lo que uno se pregunta:

¿Cómo se ha logrado todo ello en una Universidad obligada a autofinanciar alrededor del setenta por ciento de sus requerimientos económicos?

La respuesta es compleja, pero no debe extrañar que el compromiso de los ex alumnos con su Escuela constituya una componente importante de este milagro. A modo de ejemplo, basta observar que la docencia de Ingeniería Civil está a cargo de 134 docentes, pero sólo 29 de ellos son académicos de jornada completa. Los restantes 105, profesionales altamente calificados, participan en labores docentes, a través de clases y conducción de trabajos de titulación, casi gratuitamente.

Para el mundo globalizado y materialista que estamos viviendo y que lamentablemente ha penetrado más allá de los portones de las universidades, fronteras naturales del imperio del pensamiento, el ejemplo de Beaucheff resulta admirable y reconfortante. ■